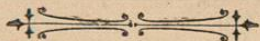


y creyeron en él sus discípulos; y nó debemos olvidar que lo hizo á instancia de su santísima Madre, para enseñarnos á recurrir á ella en todas nuestras necesidades. Y también pensemos lo que dice San Agustín: que Dios está obrando todos los días la misma maravilla, cambiando el agua de las lluvias que humedece la tierra, en el jugo de la viña de donde sale el vino; y lo mismo en otras frutas y semillas. Demos gracias por ello al Señor que nos da los frutos de la tierra “para que más fácilmente busquemos las cosas eternas que nos lleven al cielo.” (1) Así sea.



[1] Ut facilius coelestia capiamus. Eccles.



Domingo tercero despues de Epifanía

Continuación del santo evangelio
según San Mateo.

Y como descendiese Jesús del monte le siguieron muchas gentes: y vino un leproso y lo adoraba diciendo: Señor, si queréis podéis limpiarme. Y estendiendo Jesús la mano le tocó diciendo: quiero, Sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada. Y le dijo Jesús, mira que no lo digas á nadie: mas vé, muéstrate al sacerdote y ofrece la ofrenda que mandó Moisés en testimonio á ellos. Y habiendo entrado en Cafarnaun se llegó á él un Centurión rogándole y diciendo: Señor, mi siervo paralítico está prostrado en casa, y es reciamente atormentado. Y le dijo Jesús: yo iré y le sanaré. Y respondiendo el Centurión dijo: Señor, no soy digno de que entres en casa; mas mán-

dalo con tu palabra y será sano mi siervo. Pues también yo soy hombre sujeto á otro, que tengo soldados á mis órdenes y digo á éste: vé, y va: y al otro: ven, y viene; y á mi siervo: haz esto, y lo hace. Cuando esto oyó Jesús, se maravilló y dijo á los que le seguían: verdaderamente os digo, que no hé hallado fé tan grande en Israel. Y os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se asentarán con Abraham é Isaac y Jacob en el reino de los cielos: Mas los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Y dijo Jesús al Centurión: vé, y como creiste, así te sea hecho. Y fué sano el siervo en aquella hora. [Math. VIII. 1 . . 13.]

1.

De dos milagros nos habla ahora el evangelio, amados hermanos míos; uno fué, la curación de un leproso, y el otro la sanidad de un paralítico. Comienza diciendo que al bajar el Señor, de una montaña, seguido de las turbas llegó un leproso; y dicen los doctores (1) que al bajar el Ver-

(1) Gloss.

bo eterno de la altura de la gloria, halló al género humano cubierto con la lepra del pecado, restituyéndole la salud y siendo seguido por las turbas, es decir, por los pueblos de todo el mundo. El pobre leproso, adoraba al Salvador, postrándose delante de él, como dice San Ambrosio, y diciéndole: "Señor, si quereis, podeis limpiarme." Y esta oración del enfermo, dice San Juan Crisóstomo, que fué como el precio que ofrecía al Proto-médico celestial por su receta, pues en su petición mostraba vivísima fé, pues mostraba el creer que el Señor podía hacer tan gran milagro con solo quererlo, confesando en esto su omnipotencia, pues que á ella pertenece el obrar con sólo el querer. Y al decir, "si queréis," pide bajo condición, manifestando en eso acatar la sabiduría divina, dejando al Señor la elección de curarle ó no curarle; confesando de este modo que Jesucristo sabía mejor que el mismo enfermo lo que le convenía. Y aquí es muy de notar, hermanos míos, que entre todas las enfermedades corporales que el hombre padece, ninguna representa tan al vivo el pecado como la lepra, (1) pues ésta se di-

(1) Hugo Cardin.

funde por todo el cuerpo, y así el pecado se difunde por todo el hombre, pues perjudica juntamente al alma y al cuerpo; la lepra es harto contagiosa inficionando á los demás, y así el pecado es contagioso por el escándalo y el mal ejemplo: el leproso exhala un aliento empodrecido, y así el pecador, es feamente hediondo delante de Dios; el leproso padece una sed insaciable, y el pecador nunca se sacia en el pecado; el leproso no podía entrar en la ciudad, lo que le estaba prohibido; y el pecador, si no es curado, no entrará en la ciudad de la gloria. Y sólo Dios puede sanar al pecador, como en figura de ello sanó á este leproso, pues como dice nuestro evangelio: "Extendiendo Jesús la mano, le tocó diciendo: quiero, sé limpio; y al instante su lepra fué limpiada." Bien pudiera nuestro Señor curarle sin tocarle, y aun sin hablarle ni aun mirarle, como lo hizo después con el siervo del Centurión; y aun el leproso no dijo, si me tocais ó si me hablais, sino sólo: "si queréis, podéis limpiarme;" pero lo cierto es, que Cristo mostró su voluntad con sus palabras, y le tocó con su mano sacrosanta. ¿Porqué pues, quiso nuestro divino Salvador tocar á un

enfermo tan asqueroso? Precisamente, dice San Ambrosio, lo hizo para enseñarnos que á nadie debemos despreciar por cualquiera enfermedad ó llaga que Dios le haya mandado. Y se dice expresamente que le tocó extendiendo su mano, para significar que habria de curarnos de la lepra del pecado extendiendo sus manos en el árbol de la Cruz denotando también que abriendo el Señor su mano llena á todo ser, animado, de bendiciones, como dice David. (1)

Como había pues dicho el leproso, "si quieres" así el Señor pronuncia: "Quiero." Y como el enfermo había dicho podeis limpiarme, así dijo el Señor, "sé limpio," conformándose de este modo con la voluntad del paciente. Y con esto, se nos muestra el poder y la eficacia de la oración, pues estando llena de fé viva y acompañada de la humildad, consigue cuanto al Señor le pide. Y de esta curación debemos también aprender á ejercitar las obras de misericordia con los enfermos, sin temer el contagio de sus males, pues dice el Nacianceno, que los que asisten por amor de Dios á los

(1) Psalm. CXLIV. 16.

enfermos, por dón especial del Señor no se les pegan sus enfermedades.

Después de haberlo curado, Jesús le dice: "mira que á nadie lo digas, mas vé, y muéstrate al sacerdote y ofrece el don que mandó Moisés en testimonio." Estaba mandado en efecto en la ley, que el leproso que hubiese sanado, llevando un don, se presentara ante el sacerdote para que juzgase si en verdad había sanado y diese de ello testimonio. Jesucristo mandó al leproso callar la maravilla, ya para enseñarnos á ocultar nuestras buenas obras, [1] para huír la vanidad, ya para que scamos desinteresados no sólo del dinero sino aun de las alabanzas, (2) y ya también para evitar testigos parciales á nuestro favor como favorecidos por nosotros. [3]

Y es muy de notar, que manda el Señor al leproso presentarse al sacerdote, porque esto quiere decir que aunque alguno por la contrición fuese curado de la lepra del pecado, siempre está obligado á presentarse al sacerdote para hacer la confesión de él. Y santo Tomás dice, que el

(1) Cajet.
(2) Ambros.
[3] Ambros.

leproso fué mandado para ser instruido por los sacerdotes porque á ellos compete el encargo de catequizar á los rudos é instruir á los ignorantes. (1) Y el mismo angélico doctor observa, que significándose en la curación de este leproso la espiritual curación de la lepra del alma, esta se consigue como aquella, de tres modos, lo primero, presentándonos al sacerdote para confesar íntegramente nuestros pecados; lo segundo, ofreciendo satisfacción por ellos, pues dijo Cristo, *ofrece tu don*; y finalmente, obedeciendo todos los mandamientos de la ley, pues se dice: como *mandó Moisés*.

2.

Mas dejando ya á este feliz leproso, véamos el otro milagro que nos refiere el evangelio. Acercóse pues, al Señor un Centurión, (que venía á ser un gefe de cien soldados,) ya sea por sí, ya sea por medio de unos ancianos de los judíos, como dice San Lucas, (2) explicándose de esta suerte: "Señor, mi siervo paralítico, está pos-

(1) Thom. in Math.
(2) Luc. VII. 3

trado en casa y es reciamente atormentado:" en cuyas palabras advierten los santos doctores (1) las virtudes de este hombre, pues no es como muchos amos que luego que enferman sus criados los mandan al hospital ó á sus casas, "no haciendo diferencia entre ellos y los perros," dice San Antonio de Padua, sino echando á unos como á otros, al punto de su casa. El Centurión conserva al suyo dentro de su mismo techo, al lado de su familia, en lo cual muestra la caridad y la misericordia y el aprecio de la humana naturaleza; muestra también la humildad y la modestia en no hablar por sí mismo, y la esperanza y la fé que el mismo Señor alabó. Dícele pues nuestro divino Salvador; "yo vendré y lo sanaré." ¡Admirable condescendencia y misericordia! quiere el Señor hacer más, que lo que se le pide. Ese enfermo era un pobre, puesto que era siervo, y Cristo que no quiso ir á casa del Régulo, que era rico, se dignó ir á la casa de este siervo pobre, para enseñarnos que no hemos de hacer acepción de personas, [2]

[1] Albert. Magn. et al.

(2) Bonavent.

pues como dice la Escritura: [1] "Al pequeño y al grande él mismo los hizo, y de todos igualmente cuida." Y santo Tomás añade, que el Salvador quiso estar presente por que la presencia de Cristo es causa de salud. (2)

A tan benignas palabras de Cristo, respondió el centurión: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra y será sano mi siervo." Estas palabras de tanta humildad y de tanta fé, la Iglesia las ha tomado de boca del piadoso centurión, para decir las tres veces por el sacerdote antes de dar la sagrada comunión, diciendo sólo *sanará mi alma*, en vez de *sanará mi siervo*. Y explicó más, este hombre diciendo, que él mandaba ir ó venir á alguno de sus soldados ó hacer algo á sus criados, y puntualmente le obedecían, dando en esto á entender la Providencia de Cristo que usa de varias causas para diversos efectos, y es servido y obedecido por todas las criaturas. [3] Las enfermedades corporales, son, dice un doctor, [4] como soldados de

(1) Sap. VI. 8.

(2) Quia praesentia Christi est causa salutis.

[3] Tolet.

[4] Theophylact.

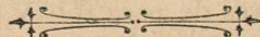
Cristo y vengadores de su honra, y el Señor puede mandarlas ir y venir y purificar á sus siervos.

Oyéndolo Jesús se maravilló y dijo: “En verdad, no hé encontrado tanta fé en Israel.” ¿Más, cómo puede Cristo, siendo Dios, maravillarse de nada? Es, dice San Agustín, [1] para enseñarnos lo que á nosotros nos debe maravillar; y un sabio Cardenal explica, (2) que el Señor se maravilló “de que aquel hombre haya podido reconocer debajo del velo de la carne la excelencia de la divina Majestad.” Nó admiró Cristo en el centurión, ni su posición, ni su cargo, ni sus riquezas, ni ninguna otra pompa ó grandeza humana, sino sólo su virtud y su fé, enseñándonos que esto es digno de admiración, y que no debemos admirar las vanidades del siglo. Finalmente, Jesús dice, que muchos vendrán con Abraham, Isaac y Jacob al reino de los cielos, mientras los hijos del reino irán á llorar y crujir los dientes en las tinieblas. Y dijo al centurión; “vé, y como

[1] Quod mirabatur; nobis mirandum esse significat.
Aug.

[2] Hugo hic.

creíste te sea hecho. Y sanó el siervo en aquella hora.” En el mismo instante sanó completamente el paralítico enfermo, y así se digne Dios, hermanos míos, sanar de la parálisis á nuestra alma para que pueda andar y caminar hasta el cielo. Amén.





Domingo cuarto despues de Epifanía

Continuación del santo evangelio según San Mateo.

Subiendo Jesús á una navecilla, le siguieron sus discípulos; y sobrevino luego un gran alboroto en la mar, de modo que las hondas cubrían la navecilla; mas El dormía. Y se llegaron á él sus discípulos y le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y Jesús les dijo: ¿Qué temeis, hombres de poca fé? Y levantándose al punto mandó á los vientos y á la mar y se siguió una gran bonanza. Y los hombres se maravillaron y decían: ¿Quién es este, que los vientos y la mar le obedecen? [Maht. VIII. 23, 27.]

I.

Tres cosas vemos en este evangelio, amados hermanos míos: A Jesucristo que

duerme en una navecilla, la tempestad que se levanta y el poder del Señor que la aplaca; pero todo esto está lleno de misterios. Varios santos y doctores (1) han pensado que esta navecilla de madera, significa el madero santo de la cruz; y por eso dice, nó que entró, ni pasó, sino que *subió* á la navecilla porque subió al arbol de la cruz. Y durmió dentro de aquella como durmió en la cruz el sueño de la muerte; y se hizo un grande alboroto cuando la tierra tembló, y el sol se oscureció y se rasgó el velo del templo. Despertó el Señor en su resurrección, y tranquilizó la tormenta cuando dejó la paz á sus apóstoles. De aquí és, que en las tribulaciones y tormentas de la vida hemos de procurar estar al lado de Jesucristo junto á su Cruz, como los apóstoles estaban á su lado en la barquilla para no perecer en las borrascas.

También la navecilla figura á la Virgen María, la cual dice un doctor, (2) fué pequeña por su humildad; á esta navecilla entró Jesucristo allá en Nazaret, cuando ella dijo: "hé aquí la esclava del Señor;" allí durmió Jesús por nueve meses,

(1) S. Antonio de Padua. S. Anselmo.

(2) Hugo Cardin.

y despertado al nacer, hízose una gran tranquilidad, pues se predicó y extendió la paz por todo el orbe. Pero mas propiamente la navecilla de que habla el evangelio, figura y representa á la santa Iglesia la cual "navega con el timón de la fé, atravesando en feliz viage el proceloso mar de este siglo, llevando por Patrón al Señor, por remeros á los ángeles, por pasajeros á los santos y santas llevando en medio levantado el árbol de la cruz del cual penden como velas, las doctrinas del evangelio y empujada por el favorable viento del Espiritu Santo es conducida al puerto del paraíso y á la seguridad del eterno descanso." (1) Y así como el que entra á las aguas sin la nave, se sumerge, así, fuera de la Iglesia nadie se salva; y así como la nave por donde toca á las aguas no admite división ni hendidura, así la Iglesia no admite división ni discrepancia ni aun en un sólo artículo de la fé; y así como la nave es gobernada por un sólo patrón, así la Iglesia tiene un sólo Pastor supremo que la gobierna; lo mismo que la nave es conmovida por los vientos y las tempestades,

(1) Auct. Imperf. Homil XXIII.

así la Iglesia es perseguida por los enemigos visibles é invisibles. Y como una nave, la Iglesia tiene por mástil la fé, por áncora, la esperanza, por cuerdas y cables la caridad, por antena, la cruz, por timón, la prudencia, y por velas los santos deseos, y por vapor que la haga avanzar con más rapidez, el celo de la gloria de Dios y de la salud de las almas. ¡Cuántas gracias debemos dar á Dios, hermanos míos, por hallarnos, como los apóstoles, con Jesús en esta nave, pues en ella, es decir, en la Iglesia católica podemos ser salvos aunque pecadores, por la penitencia, pero fuera de ella, por más que digan, no hay esperanza de salvación! Gracias y muchas, debemos dar á Dios por el beneficio que nos ha hecho, de nacer en el seno de la verdadera Iglesia. Desgraciados los que salen de ella dejándose seducir por los sectarios que vienen á comprar las almas con dineros!

Hé aquí pues, dice el evangelio, que sobrevino un grande alboroto en la mar; de suerte que las olas cubrían la navecilla; mas el Señor dormía. ¿Qué tempestad fué esta? de donde provino? porqué surgió tan de improviso? Santo Tomás responde que esta tormenta no fué causada por la in-

temperie del aire, sino por la divina ordenación que conturba lo profundo del mar, y con esto se significaba el peligro que había de sobrevenir en el tiempo de la Pasión, y para que supiesen sus discípulos vivir y vencer en medio de los peligros.

[1] La navecilla en medio de tan recia tempestad, significa, dice el Crisólogo, (2) el huracán de los gentiles, el torbellino de los judíos, la lluvia de los perseguidores, las nieblas de los demonios; desencadenado todo en el mundo contra la Iglesia de Jesucristo. Más entretanto, en la navecilla el Señor dormía, como durante las persecuciones de la Iglesia, parece dormir y no atender; mas al mismo tiempo que dormía, no teniendo ligada la razón durante el sueño como nosotros, él mismo suscitaba y movía la tempestad dentro de las aguas. Dormía para exitar la fé de los apóstoles; [3] dormía para significar con su sueño la paciencia y longanimidad con que aguarda á los pecadores, (4) dormía en la popa de la nave, como advierte San Marcos (5)

-
- (1) Thom. in Math.
(2) Chrysol. Serm. XXII.
(3) Luc. Brug.
(4) Paul. a Palatis.
(5) Marsc. IV. 38.

para indicar como había de dormir el sueño de la muerte sobre la cruz; dormía para despertar la fé de los apóstoles; dormía en medio de la tormenta para significar al justo que conforme en todo con la divina voluntad duerme quieto y tranquilo en medio de las persecuciones y trabajos. Y en nosotros duerme Jesús y su fé cuando estamos negligentes y perezosos, [1] y de allí la tempestad que tantas veces nos sumerge.

2.

Y se acercaron á él sus discípulos y le despertaron diciendo: "Señor, sálvanos que perecemos." Es de saber que muchas veces el Señor dilata el remedio y la ayuda en las tempestades y trabajos hasta dejar que parezca ya todo perdido como se vé en la casta Susana libertada de sus perseguidores, en Daniel, ileso en el lago de los leones, en la ciudad de Betulia determinada ya á entregarse al enemigo, en Job, reducido á la última miseria; y en otros pasajes de la santa Escritura, y esto hace, para probar la fé de sus siervos, pa-

[1] Gloss.

ra que su ayuda sea más oportuna y para hacer resplandecer mas, su poder y su misericordia; por lo cual nunca debemos desesperar, hermanos míos, sean cuales fueren las penas que nos rodeen, ni aun en las mismas culpas, pues aunque parezca que el señor duerme y no nos oye, siempre está viendo nuestras necesidades, y si dilata el remediarlas es para exitar nuestra confianza y esforzar nuestras oraciones. Y así como los apóstoles no acudieron en ese trance á los remeros, ni al que gobernaba la nave, sino sólo al divino Maestro, así nosotros debemos acudir á Dios, y nó como muchos que en sus trabajos recurren á prácticas supersticiosas, ó ponen toda su esperanza en las criaturas, ó se exasperan quejándose de la Providencia y aun vomitando blasfemias contra el Señor.

Los apóstoles pensaron que el Señor dormía como nosotros, sin saber lo que pasa ni poder hacer nada; y en esto tuvieron poca fé, porque debían creer que la divinidad nunca duerme; y por eso merecieron ser reprendidos por Cristo que les dijo: "hombres de poca fé," pues si tuvieran mucha, no estarían tan temerosos estando

al lado del Señor aunque durmiese; pero lo cierto és, que el peligro en que se hallaban los hizo acudir á Jesucristo; y por eso nos manda el Señor muchas veces las tribulaciones, para que si estamos alejados de Dios, nos alleguemos á su Majestad pidiéndole el remedio. Muy hermosamente había dicho David: "Señor, tú dominas la furia del mar y tú mitigas el alboroto de sus olas: las aguas te miraron, oh Dios, miráronte y temblaron. Furioso ruido hacían las aguas; mas las nubes hicieron oír su voz y tus saetas pasaron (1) Y esto pasó puntualmente en esta ocasión pues el Señor dominó la furia del mar, aplacó la tempestad; y á la voz de las nubes que fueron los apóstolos, pasaron las saetas de sus temores. Y lo mismo pasa con nosotros: si en las tempestades de la vida y en las oleadas de las pasiones despertamos al Señor, nó con un ruido insolente, dice el Crisólogo, sino con la voz de los cánticos espirituales, no hay duda que cesará la tempestad y pasarán las saetas de su indignación.

Jesucristo, después de echarles en cara á los discípulos dulcemente su poca fé, le-

(1) Psalm. LXXXVIII. 10 et Psalm. LXXVI. 18.

vantándose mandó á los vientos y á la mar, y se siguió una gran bonanza. Con sólo su querer ó con sólo una palabra pudo hacerlo; pero quiso levantarse, para manifestar con este hecho, la prontitud y solicitud que tiene para ayudarnos cuando con nuestras preces le invocamos. Y mandó á los vientos y al mar, “fuertemente, y como amenazando, dice un doctor; (1) como suele hacerse con aquellos cuya audacia queremos reprimir.” Y en esto manifestó que refrenando á los mares con una simple voz, era el Dios mismo que había dicho en un principio: “Júntense las aguas en un sólo lugar y aparezca la tierra.” (2) Con unas cuantas palabras el mar le obedece, porque reconoce la voz del que le había formado.

“Y sucedió una grande bonanza.” Neta Santo Tomás, [3] que después de las tempestades, dura el mar dos días para calmarse, y por eso fué muy grande el milagro que hizo el Señor con tranquilizarlo al instante. Y así, Cristo resucitado, dice el Crisólogo, manda al mar de este

(1) Telet. juxta Marc. III. 19.

(2) Genes. I. 9.

(3) Thom. in Math.

mundo, tranquiliza el orbe, mitiga los reyes, sociega las olas, aquieta los pueblos, hace cristianos á los romanos, y á los perseguidores, ejecutores de su fé.

Admiráronse los hombres diciendo: ¿“Quién es este, que los vientos y el mar le obedecen?” . . . Pidámosle nosotros, hermanos míos, que calme los vientos de nuestras pasiones, para que tranquilizada la mar de nuestro corazón, en la nave de una buena conciencia, llegemos al puerto dichoso de la gloria. Amén.

